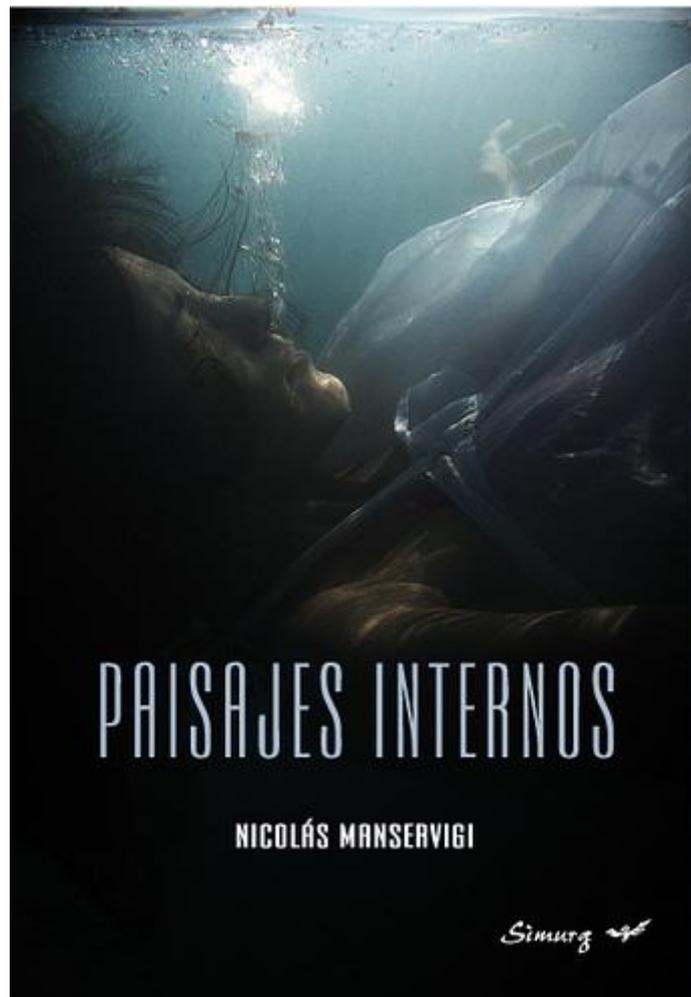


PAISAJES INTERNOS



Lanzamiento: 2010

Editorial: Simurg

I.S.B.N : 9789875541498

Clasificación: Ficción y Literatura » Novelas

¿Por qué alguien vive si quiere morir? Paisajes internos es una novela que habla del amor y todo aquello que atenta contra ese sentimiento. También habla de la relación con los padres, el sexo, la verdad, la propia muerte y las emociones. Es una historia que explora en profundidad la naturaleza humana y su extraordinaria capacidad de recuperación.

Más información:

www.nicolasmanservigi.com.ar

Introducción

Ha pasado mucho tiempo desde la escritura de mi primer libro (El Portador). Durante todos estos años me pregunté sobre qué tema iba a escribir en mi próxima novela. De alguna manera, siempre conservo aquellos interrogantes que me desvelan por las noches: el amor, la verdad, la libertad, la mentira... para ser más concreto: el ser humano. Pero escribir sobre el humano, es inmiscuirse en una tarea de nunca acabar.

Alejandro Dumas (h) dijo alguna vez que: *“no se pueden crear personajes hasta haber estudiado mucho a los hombres, lo mismo que no se puede hablar una lengua sin la condición de haberla aprendido seriamente”*.

Tal es así, que siendo fiel a mi natural condición de observador, me dediqué a analizar y escuchar a las personas. Siempre percibí demasiada fragilidad, pero no todos la demostraban. Las personas tienden a cubrirse para protegerse. Cubren sus errores, sus defectos, sus complejos, quizás para encajar y poder funcionar en un mundo que exige una condición absurda para poder sobrevivir: ser perfecto.

La perfección, esa mascarilla falsa que trato de derribar día a día, es lo que menos me interesa para escribir y pensar. Muy por el contrario, observo aquello que ante los demás se percibe como opaco, siniestro, feo, y con un amargo dejo de miseria. Creo fervientemente que los defectos, las acciones erradas, las palabras mal utilizadas y todo aquello que luego debemos remendar, es lo que nos da un sentido de búsqueda y superación, que a la larga, es lo que caracteriza a la raza humana.

Esta novela habla de temas concretos, cotidianos, de cosas que suceden en el seno de cualquier sociedad, y de problemas que se instalan como virus en las familias y en las relaciones.

He pasado noches enteras pensando en las adicciones, en los traumas, en los divorcios, en las infidelidades, en la sexualidad - homosexualidad, en las enfermedades, en el suicidio, el desamor, y en lo prohibido. Pensé en las etapas, la infancia, la juventud, la vejez. Pensé en los temores, en las cosas que debemos hacer para tratar de ser perfectos, y en esa tarea diaria encontré el placer de amar lo imposible, y de saborear aquello que dista mucho de lo ideal. A veces es lo ajeno lo que destruye lo propio. Por eso he querido hacer esta aclaración antes de invitarlos a adentrarse en los “paisajes internos” de la vida de una joven mujer –que no es más que un espejo de lo que considero un ser humano “normal” si es que lo hay-, para que sepan que van a conocer una historia que se estructura en base a dos polos: lo oscuro y lo claro. El odio y el amor. Lo siniestro y lo bello, la mentira, la verdad, lo ideal y la *maravilla* de lo imperfecto. Porque el ser humano es todo eso, conjugado en uno.

Advierto que quizás, encuentren cosas con las cuáles están en desacuerdo, pero ante todo sepan, que la perfección no existe en el mundo, ni en mis personajes, y mucho menos, en quién les escribe.

Sin más que decir, les deseo una buena lectura...

Contrastes del pasado

Marzo de 1987. Palermo viejo, Buenos Aires.-

Esa mañana desperté temprano, tenía cinco años. En la casa había un silencio matinal que me encantaba, apenas se escuchaba el tic –tac del reloj de madera de pino que tenía mamá.

Busqué bajo mi cama las pantuflas color rosa, abracé a *Gal* –mi oso- y bajé las escaleras.

Un paso, dos pasos. Un escalón, otro y otro. Cuando estaba llegando al piso me acordé de papá; y pensé que sería bueno que *Gal* y yo lo despertamos con un beso gigante. Volví hacia atrás, subí un escalón y luego otro. La puerta estaba entreabierta, las ventanas expandidas de par en par y a través del vidrio los rayos de sol calentaban la cama vacía. Papá no estaba. Con una sensación de pequeña tristeza bajé nuevamente las escaleras y fui directo a la cocina a pedirle a mamá que me diera el desayuno: cereales con leche y miel.

La casa seguía estando tranquila. Todo me parecía demasiado quieto. Mamá preparaba nuestro desayuno y yo no podía dejar de observar. Sus movimientos eran torpes, no eran como en otros días. La calma era demasiado fuerte esa mañana, me llamaba la atención que papá no estuviera en la mesa, él siempre me esperaba, leía las noticias y luego se iba. Nunca me dejaba. Nunca.

-Mami, ¿por qué papá no está?, recuerdo haber preguntado.

-El Señor Fontaine llamó y le preguntó si podía ir un rato antes.

-¿No dejó notita para mí?

-¿Quién?

-¡Papá!, exclamé algo molesta

-No, no te dejó nada cariño. Seguramente estaba muy apurado.

Comí todos los cereales, sabiendo quizá, que algo no estaba bien. Siempre tuve un sueño liviano, y para desgracia personal, escuchaba todas las peleas entre mis padres.

Esa mañana dejé que las horas pasaran, que los relojes se gastaran, que las nubes taparan el sol y llegara la noche. Ese día dejé de lado muchas cosas -aún más- las que intuía.

Mi abuelo solía decirme que los problemas de grandes deben resolverse entre grandes, pero nunca pude evitar meterme en el medio de las discusiones, no se porqué tenía la extraña sensación de culpa.

La culpa era algo natural en mi infancia y cambiaba de formas según el paso de los años. Al comienzo, sentía culpa de que mamá no pudiera trabajar por cuidarme; así que le pedí que me enviara al jardín. Siempre tuve la capacidad para darme cuenta de las cosas, independientemente de mi edad, era como si pudiera salir de mi cabeza cuando quisiera para ver todo de una manera objetiva.

Con papá la relación fue distinta y más emotiva. Él era la única persona que podía seguirme en todas mis fantasías. A mamá le costaba expresar lo que sentía, en cambio papá y yo no podíamos existir sin abrazarnos. Mamá era práctica, justa y también violenta. Papá nunca me pegó. Ella sí, sobre todo después de haber empezado el primer grado. No soportaba tener que enseñarme las tareas, buscarme del colegio y mantener mi uniforme limpio todos los días. Al principio se quejaba

en voz baja, pero yo podía escucharla, luego todo se transformó en un reproche general y nada de lo que hacía le alcanzaba.

Mentira. Engaño. Falsedad. Son todas palabras que siempre me sonaron de igual manera al oído. Es como si alguien te hiciera escuchar la misma melodía en piano, luego en guitarra y más tarde en flauta. Pueden cambiar los sonidos, de más finos a más estridentes, pero jamás la esencia de las notas, son todas iguales, nunca pierden su línea sonora. Mamá no era así, ella cambiaba con el paso del tiempo y de las horas.

Afuera había un sol energético que daba vida a todos los *ficus* de la cuadra, pero adentro, en su pecho, la niebla de a poco tapaba toda luz que pudiese haber entrado. Afuera había murmullos, gente caminando, mi padre trabajando, niños en sus escuelas y muchísimas mujeres en sus casas, limpiando, tirando lo que no servía, a veces por orden y otras, por catarsis. Adentro, en el mundo interno de mamá, había tierras secas que crujían ante la ausencia de tormentas, estanques de agua podrida, cielos atiborrados de nubes que opacaban cualquier posible claridad. Había montañas de dudas, cascadas de preguntas y un mar inmenso de soledad.

Pero mamá no estaba sola, jamás lo estuvo. Su gran sostén era siempre un vaso de whisky. Primero un poquito, un sorbo. Luego una medida y al final, botellas completas. Ella regaba sus jardines internos con whisky y en cada acción cometida, se alejaba un paso más de la palabra, de la ayuda, de mi cariño. En cada sorbo la figura de mi madre se perdía más y más por laberintos sin retorno, y su imagen en mi cabeza se desdibujaba a pasos agigantados.